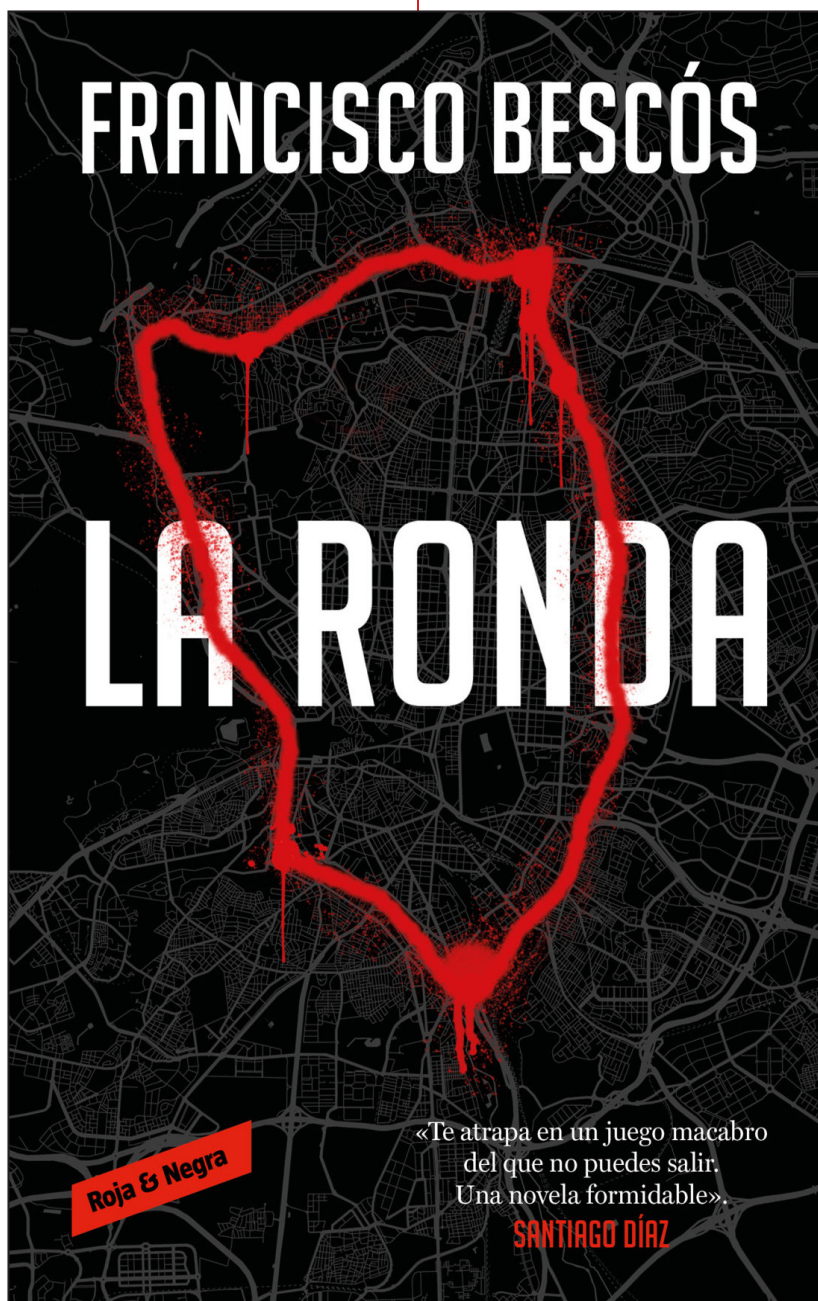




Guía de lectura



Roja & Negra

«Te atrapa en un juego macabro del que no puedes salir. Una novela formidable».

SANTIAGO DÍAZ

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Carreras ilegales de coches. Una joven desaparecida. Un atropello a priori involuntario con fuga en la M-30. Un indigente muerto a manos de un tipo fuerte y calvo. Un sin techo asesinado por un profesional con munición subsónica. Un hombre de negocios que aparece ahorcado en un árbol cerca del Club de Golf de Puerta de Hierro. El día a día en las comisarías de Madrid es una rutina de delitos de todos los calibres. Accidentes, suicidios, infracciones, asesinatos... Casi todo indica que son casos accidentales y/o aislados, y apenas aportan indicios de los que tirar. Pero hay dos inspectores: Juan Luis Seito, de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid, y Dulce O'Rourke, de la comisaría de Vallecas, empeñados, cada uno por su parte, en seguir hasta el final las pocas pistas que hay.

Lo que encuentran no augura nada bueno. Al menos un par de las muertes parecen estar conectadas: una pequeña firma las vincula a la mara Salvatrucha, una de las mafias más sanguinarias e irracionales del mundo. Otras parecen cometidas por un mercenario de élite. O por un sicario con formación militar. Las conexiones y los nuevos cadáveres que irán apareciendo harán saltar todas las alarmas: algo está pasando, y es tan grande como extensa es la capital del país. O incluso peor... es algo que se ha saltado todas las fronteras internacionales. Algo que ningún servicio de inteligencia ha detectado hasta ahora.

Una novela con un ritmo altísimo y un planteamiento muy original en la que el trazado urbano de Madrid juega un papel tan protagonista como la de los investigadores implicados.

MADRID, EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

Del mismo modo que Julio Verne recorriera los Estados Unidos de América con su peculiar novela *El testamento de un excéntrico*, como si a cada estado le correspondiera una casilla, Bescós nos pasea por Madrid sembrando la capital de cadáveres que marcan una meta: descubrir quién se esconde tras las extrañas muertes de unas víctimas que no parecen tener nada en común. ¿O no? ¿Y si la meta fuera otra? Sea como fuere, cada asesinato se convierte sí o sí en una casilla desde la que empezar una investigación que, como el ferrocarril de *Otoño en Pekín*, no parece conducir a ninguna parte. Solo uniendo las piezas que cada uno de los inspectores va hallando puede verse el paisaje real: aterrador. El escenario cruel y bosquiano de un jardín de las delicias.

El secretismo, los intereses ocultos, la libertad y la impunidad para matar de la que parece gozar el asesino, los diferentes *modus operandi*, la oportunidad... Todo conforma el desolador retrato de una ciudad sobredimensionada donde las prisas, la precariedad laboral y la soledad han ocupado gran parte de las vidas de un porcentaje importante de sus casi

siete millones de habitantes: ¿a cuántos de ellos nos les echaría nadie de menos si mañana desapareciesen? ¿Cuántos accidentes laborales ocurren cada día? ¿A cuánta gente mata la prisa de los otros?

La violencia es una constante del mundo en que vivimos, pero aún nos asusta más aquella de la que nos creemos a salvo cuando llegado el caso llama a nuestra puerta. Las maras salvadoreñas, la mafia italiana, la yakuza, los sicarios colombianos, los criminales de guerras actuales... todos son escenarios de una violencia que se aprende y se profesionaliza. ¿Y si hubiera expertos en la materia? ¿Y si una ciudad española se convirtiera en el escenario de sus crímenes?

Bescós ha compuesto una novela ágil, con una intriga constante y creciente y una estructura magníficamente ensamblada, inteligente y perversa, mordaz... Sobre un paisaje subterráneo rico y fértil, ha sembrado las semillas de una novela negra que se lee con un puño en el estómago y la sensación de ahogo que causa la ansiedad. Y la rabia. La impotencia. Las ganas de acabar con unos cimientos podridos.

UNA VIGILANCIA DE CINE

¿Recuerdan el famoso y brillante plano secuencia que Orson Welles filmó en *Sed de mal*? El de ese coche que porta una bomba en el maletero y que el espectador sabe que va a estallar, pero desconoce cuándo, mientras el coche avanza amenazando en su camino con arrancar la vida de alguien y el suspense y la tensión siguen hasta hacerse casi insoportables.

Hacia el final de *La Ronda*, Bescós se permite una vigilancia narrada en ese mismo estilo. Todos sabemos que se va a cometer un asesinato, intuimos el lugar, como cada inspector, sabemos casi la hora exacta a la que va a suceder, pero... desconocemos quién va a ser la víctima. El suspense va pasando de un inspector a otro, como una corriente eléctrica que en cualquier momento va a dejarnos secos. Un suspense que va in crescendo y, de pronto, nos da un respiro, para volver a crecer. Como en ese cuento del pastor mentiroso al que el lobo le acaba devorando el rebaño. Bescós nos avisa: ¡que viene el lobo! Pero no... Hasta que viene y nos devora, nos arranca esa última respiración tranquila que guardábamos en la reserva.

... Ya había dejado atrás la zona de los toboganes. Se acercaba al puente peatonal de Arganzuela. Entonces fue cuando su sexto sentido le advirtió de que unos ojos la miraban.

El inspector Carlos Callés se había quedado hipnotizado con el culo de la corredora que avanzaba por el parque a una velocidad envidiable [...]

Se palpó el pecho para comprobar que el antibalas seguía allí, bajo el abrigo viejo, preparado para detener un disparo. Pero el antibalas no protege la cabeza. Y fue justo allí donde recibió el impacto: en la nuca.

El inspector Román Sevilla llevaba años compartiendo aceras y casos con Carlos Callés. A Callés, trabajar le amargaba. A Sevilla, también. Pero eso no le impedía bromear de vez en cuando. Por eso, cuando, vestido como un pijo que acude a su trabajo en bicicleta eléctrica, se cruzó con su compañero, no pudo evitar la tentación de echar el pie a tierra, recoger una castaña de indias del suelo y lanzársela a la cabeza. Le acertó en el centro de la nuca [...]

Sevilla miró alrededor. Ahí estaba el puente de Toledo a su izquierda, con sus elegantes arcos de granito y sus inútiles tajamares, alzados sobre seco.

EL TRÍO DE INVESTIGADORES ESTRELLA

JUAN LUIS SEITO. A primera vista, el inspector de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid parece un hombre apocado: conduce un SEAT, está abrumado por su inexistente y a la vez complicada vida familiar —divorciado de una mujer que ahora tiene otra pareja a la que detesta y padre de un hijo con parálisis cerebral al que adora— y tiene un trabajo que muchas veces le ocupa de sol a sol. Con cuarenta años y lo que ha visto a lo largo de su carrera, es un descreído, pero sigue luchando firmemente por que se haga justicia. Odia que nadie, y menos los poderosos, se vayan de rositas.

Cuando llegó a Madrid desde un pequeño pueblo de su Asturias natal, le pudo la ansiedad: sufría ataques de esos que te dejan con una continua presión en la boca del estómago. Pero Seito aprendió a dominarlos tan rápido como se acostumbró a la capital.

De vez en cuando le gusta tomarse un yayo en Casa Camacho, su bar favorito de Malasaña —barrio que ha dejado de frecuentar porque la fama, los Starbucks, los brunch y los AirBnB han borrado el libérrimo agujero que fue en los años en que él frecuentaba La Vía Láctea—.

Tiene una afrenta personal con su compañero Carlos Callés, a quien tiempo atrás Seito acusó de haber ignorado pruebas claras de violencia para poder tratar un caso como un suicidio y cerrarlo rápidamente. Pero Callés, vago, orgulloso, vengativo y bastante listo, logró darle la vuelta a la tortilla y promovió una investigación de Asuntos Internos contra Seito por colocar pruebas falsas en la escena del crimen; aquellas pruebas que, según Seito, él había pasado por alto. Y este enfrentamiento no facilita precisamente el trabajo en la Jefatura.

Juan Luis Seito abrió la ventanilla de su SEAT y estiró el cuello cuanto pudo. La interminable fila de vehículos embotellados en la M-30 parecía alcanzar el puente de Ventas. No localizó la causa del atasco. A su lado, el ocupante de un Mercedes se hurgaba en la nariz con la uña. Seito pensó que aquella escena podía resumir sus últimos años: asomarse a la vida en busca de respuestas y encontrar a un tipo sacándose un moco.

DULCE O'ROURKE. La irlandesa, de familia acomodada, es inspectora en la comisaría de Vallecas. Educada en la fe católica, no le gusta decir palabrotas (lo evita siempre que puede, aunque su trabajo le cuesta) y, como a su padre, el orden le provoca ansiedad. Puede parecer dulce e incluso un tanto tímida, vestida con su rebeca, sus pendientes de perlas auténticas y la medalla de oro de San Cristóbal, pero es todo un carácter... Lleva años entrenando su inteligencia emocional con libros de autoayuda, motivación y crecimiento personal. Conduce como un piloto de Fórmula 1 una joya de coche que Colin McRae había convertido en legendario: un Subaru Impreza STi de color rojo perla veneciana que no se comercializa en España.

Es obstinada, tiene un elevado concepto de la justicia y, si se empeña en llegar hasta el final con un caso, es como un perro como un hueso. Sentimentalmente, se siente atraída por Frankie, un experto en mecánica que fue adoptado, profesionalmente, por su padre. Pero en cuestiones de esta índole, O'Rourke no es de las que dé el primer paso fácilmente. Quizás tenga algo que ver una fallida relación sentimental mantenida unos años atrás con un hombre casado.

... cuando a una persona como yo se le escapa el primer «coño», no le cuesta un... un pijo... lanzarse luego a soltar cagamentos. —Ahora Dulce ya no hablaba con voz cálida—. Y de los cagamentos se pasa a las blasfemias, cosa que no sabes lo que me jode, porque mi padre era irlandés, me educó como una buena católica, y no me apetece ir al infierno. —Dulce golpeaba la mesa con la palma de la mano—. ¡Y después de las blasfemias empiezas a dar hostias en esta puta mierda de mesa! —Dulce gritaba—. Y eso está cerca..., mucho más cerca que tu culo de tu espalda..., de clavarle este boli en el ojo al gilipollas que no hace las preguntas adecuadas. Así que por eso no digo palabrotas. ¿Lo entiendes?

LAURA RODRIGO. Subinspectora de la Jefatura Superior de la Policía Nacional de Madrid y todo un cerebro que siempre anda con la cabeza metida dentro de un ordenador. No es precisamente la más popular de la oficina, más bien es el bicho raro: solo su jefe la tiene entre algodones por su habilidad para detectar ese dato incriminatorio que siempre hace falta. Su introversión, ese despiste de los sabios y su extraña forma de comunicarse con los demás —a veces es tan desinhibida que parece no tener filtro— logran que quede encerrada en una torre de marfil. Pero todos saben que cada vez se resuelven más crímenes delante de la pantalla y su compañero de mesa, Juan Luis Seito, no piensa renunciar a tener a un talento como ese en su equipo.

Cuanto más difícil parece el trabajo, más se crece Rodrigo y más se agudiza un ingenio que le lleva a proponer y buscar soluciones que, aun pareciendo arriesgadas, son todo un acierto. Tanto que desde La Interpol no dejan de lanzarle anzuelos, y aunque a la subinspectora le hubiera gustado trabajar en el extranjero, duda de que su nivel de inglés conversacional le alcance ni para recoger chatarra.

Para empeorar las cosas, vio entrar a Laura Rodrigo. Parecía contenta, pero eso no garantizaba que trajera las noticias que Seito deseaba. Quizás fuese que su ginecólogo le había confirmado que no padecía clamidiasis, a pesar de los síntomas, o que sus heces tenían buen aspecto aquella tarde, señal de que su microbiota intestinal se encontraba saludablemente equilibrada. La subinspectora pidió un doble de cerveza.

—¿Tú bebes, Laura? —le preguntó Seito, extrañado.

—Llevo una dieta estricta con la que, según la evidencia científica, reduzco las probabilidades de sufrir cáncer de mama, de hígado, de páncreas y de colon. Me puedo permitir el lujo de pedir una cerveza de vez en cuando. Incluso podría permitirme el lujo de fumarme un cigarrillo. Por desgracia, el tabaco me da tos.

FRAGMENTOS

«El informativo de la SER contaba las mismas noticias de siempre. Jueves, 19 de enero de 2023. Crisis en el seno de instituciones. Consecuencias de una pandemia que se negaba a extinguirse. Guerra en Ucrania y precio del gas. Resoluciones que se tomaban en Bruselas sobre asuntos muy rimbombantes. Nada que fuese a beneficiar a Seito ni más ni menos que el moco de aquel conductor. En ese momento escuchaba una noticia sobre el reciente plan urbanístico de Nuevo Goloso. En unos terrenos recalificados al norte de Madrid, un consorcio de empresas iba a levantar edificios de pisos, oficinas y todo un tech hub (eso habían dicho: tech hub) de aceleradoras e incubadoras y campus tecnológicos. Pero Seito tenía ya cuarenta años y sabía que, en Nuevo Goloso, los constructores harían viviendas de lujo inaccesibles para el sueldo medio español, que los especuladores las acapararían, que los edificios

de oficinas permanecerían vacíos porque ninguna empresa de verdad querría ocuparlos y que el tech hub se mantendría en marcha tanto tiempo como durasen las subvenciones públicas».

«La primera vez que Seito vio la pintada que luego encontraría en el puente de Ventas fue allí mismo, en la Quinta de la Fuente del Berro. Estaba a menos de un metro de la cabeza hendida de Alejandro Sanz, sobre el muro antirruído que separaba el parque de la M-30. Se fijó en ella por pura suerte; podía haberla pasado por alto, como habían hecho todos sus compañeros.

La pintada se sumergía entre el horror vacui de otros grafitis más grandes [...] Seito los conocía, había aprendido sus reglas y rituales en algunas correrías nocturnas, y conservaba el vicio de fijarse en los grafitis. Gracias a eso, reparó en la pequeña eme minúscula.

Había sido trazada sobre un grafiti más artístico y fresco, muy reciente, de un autor bastante conocido en el mundillo: Bennyman. Estropear la nueva creación de un compañero estaba peor visto que ensuciar la fachada del Palacio Real. [...] A Seito tan solo le generó curiosidad, no le dio más importancia. Hasta que se encontró con la misma eme bajo el puente de Ventas, a pocos metros de otro cadáver».

«Una de las cosas que más me interesa de la semiótica del grafiti es su función opresora, ¿sabe? Las bandas, primero en Estados Unidos y luego en Latinoamérica, se apropiaron de este arte para consolidar lo peor de la masculinidad tóxica. Posesión. Dominio. Desafío. Violencia. Territorialidad. Allí donde pintaban un grafiti con las iniciales de su banda, reclamaban el espacio exclusivamente para ellos. Da igual que hablemos de una calle o de la espalda de una mujer [...] esto no es un grafiti. Esto es un placazo [...] Así es como llaman las maras a las pintadas con las que señalan la demarcación de sus canchas, es decir, los barrios de su dominio en El Salvador. Casi todos son azules, como los colores de la bandera del país. Y la eme y la ese tiene una propiedad intelectual vigente en todo el mundo conocido: la mara Salvatrucha».

«El Chanclas, Domingo Ortiz, dirigía una de las mejores unidades de los Grupos de Operativos Especiales de Seguridad, los GOES. Ortiz era campeón de España de muai thai y tenía fama de resolver las cosas bien, rápido y limpiamente. Su reputación estaba tan conso-

lidada que podía permitirse el lujo de vestir de la forma más estrafalaria. No llevaba tatuajes porque, según él, eso lo hacen los chavales que quieren parecer peligrosos; por el contrario, quienes son peligrosos de verdad, como él, están deseando pareceres normales, porque eso los hace más peligrosos aún. Por esa misma razón vestía prendas tan poco intimidantes como blusones floreados, pantalones de yogui fucsias y, por supuesto, sandalias durante nueve meses al año. Por eso todo el mundo lo llamaba Chanclas, cosa que le daba igual; si no le diera igual, ya les habría roto la cara. La unidad de GOES del Chanclas era garantía de que una detención arriesgada iba a salir como la seda».

«Tener ojos en la nuca era una cualidad sin la que no habría sobrevivido en las calles de Belfast, ni en las selvas de Ruanda, ni en las de Costa de Marfil. Por eso, Carl había detectado al joven tan pronto como salió de la cafetería. Alguien tan poco profesional no podía formar parte de los servicios secretos británicos o de una empresa de seguridad privada. Ni siquiera creía probable que perteneciese a la policía española. El chico era como un pez fuera del agua, con ese pelo amarillo y ese rostro enjuto y despistado. No fue capaz de ubicar esa cara en ningún otro lugar, por mucho que tratase de hacer memoria».

«Yo tendría unos doce años. Caminaba distraída por la calle, pensando en mis cosas, hacia el colegio. De pronto, mis pasos sonaron diferentes. Como si pisara pan tostado y cucharillas. Casi al mismo

tiempo, sentí unas punzadas en los pies. Entonces miré al suelo. Y me asusté. Mis dedos sangraban [...] Abrió la botella de agua que había quedado sobre la mesa y se la llevó a los labios—. Estaba pisando los restos de un coche bomba esparcidos por la calle. Una miríada de fragmentos de cristal, aluminio, guijarros... Confeti de Belfast, así lo llamábamos. La deflagración había arrancado cuatro ventanas de la fachada. Volví a casa cojeando y llorando. Me dolían los pies. Se me había clavado muy profundo alguna esquirla. Pero lo que más me jodía era que la sangre me había echado a perder las sandalias. Mis preciosas sandalias de color rosa

con unas manchas encarnadas, que ya se estaban volviendo marrones, y no se irían nunca».

«¿Recuerdas al Francotirador de Beltway, de Estados Unidos? Yo lo recuerdo. Aquel psicópata recorría las carreteras periféricas en una furgoneta blanca, en compañía de su hijo, con un rifle con mira telescópica. Mataban a personas de manera aleatoria. Se tomaban mucho más de una hora para seleccionar el blanco y decidirse a disparar. Tenían todo el espacio del mundo y todo el tiempo del mundo, sin reglas. Y, aun así los pillaron».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela comienza presentando a uno de los dos policías que protagonizan esta intriga. ¿Cómo introduce el autor a Dulce O'Rourke? ¿Cómo es esta policía tan peculiar? ¿Qué rasgo os ha llamado más la atención de ella?
2. Sigue la presentación de Juan Luis Seito. ¿Cómo es esta presentación? ¿Cómo es este otro policía? ¿Avanza ya el autor algún detalle sobre uno de los misterios que va a seguir este policía?
3. Una pequeña firma en azul hacen saltar las alarmas. ¿Cómo este pequeño detalle va a influir en la trama? ¿Qué se cuenta sobre ella y qué conexión guarda con lo que descubriremos a lo largo de la novela?
4. ¿Cómo trabaja la intriga Francisco Bescós a lo largo de *La Ronda*? ¿En qué momento engancha al lector?
5. Sobre Seito hay una sombra que viene del pasado. ¿De qué sombra hablamos? ¿Cómo pesa sobre él? ¿Va a influir en la forma de trabajar de este policía a lo largo de la novela?
6. Laura Rodrigo es un prodigio: la subinspectora es capaz de descubrir a través de su manejo informático datos que a otros se les escapan. ¿Cómo difiere la forma de trabajar de ella y la de Seito? ¿Por qué creéis que hace tan buen equipo con Seito, a pesar de ser tan diferentes? ¿Qué les une? ¿Cómo amalgaman los tres policías protagonistas de *La Ronda*?
7. Madrid es el escenario de una novela que usa la ciudad como un personaje más. ¿Qué importancia tiene el paisaje? ¿Qué más nos cuenta sobre la ciudad, indirectamente, su autor? ¿Es real esta imagen de Madrid que nos muestra? ¿Cómo es el Madrid que conocéis y cómo se asemeja al de la novela?
8. Una de las noticias en las que se incide tiene que ver con un plan urbanístico. ¿Tiene relevancia para la trama? ¿Por qué? ¿Qué crítica se deriva de este hecho? ¿Creéis que los poderosos quedan impunes de sus crímenes?

9. Francisco Bescós habla de una novela de Julio Verne, *El testamento de un excéntrico*. ¿La conocíais? ¿Qué relación guarda con *La Ronda*? ¿Por qué creéis que el autor la introduce en su trama?
10. «El Pollito» es un delincuente de poca monta. ¿Por qué parece que Dulce le tiene cierta simpatía? ¿Habéis empatizado con este personaje? ¿Por qué?
11. La violencia es una constante en el mundo en que vivimos. Hablamos del mundo entero. De una violencia que traspasa fronteras: maras, tráfico de drogas, sicarios escapados de otras guerras... ¿Os parece plausible que Madrid sea el escenario donde confluyen todos estos asesinos?
12. ¿Quién o qué se esconde tras las violencias mostradas? Porque parece —y así será finalmente— que los sicarios no son más que peones de juego.
13. Hay un asesino especial para la trama. ¿De quién se trata? ¿Qué se cuenta de él o de ella? ¿Cómo ha influido la violencia que vivió en lo que hará de adulto? ¿Qué le salva (en cierto modo) a ojos de Dulce y de Laura?
14. *Los juegos del hambre*, *Battle Royale*, *El juego del calamar*... ¿Conocéis los argumentos de todas estas ficciones? ¿Hay algo en la novela de Francisco Bescós que os haya recordado a estas o a otras ficciones de este tipo?
15. Hacia el final de la novela el autor traza una vigilancia en busca del asesino que juega con las mismas técnicas del *page turner*, ¿cómo es esa vigilancia? ¿De qué manera conduce al lector para que la intriga sea creciente? ¿Qué elementos usa para mantener y subir la tensión del lector que espera un desenlace anunciado? ¿Cómo hilvana toda la secuencia de vigilancia y en qué momento estalla la bomba?
16. Francisco Bescós apunta a un final de rendición: no se pueden cambiar ciertas cosas. Pero en tan solo un párrafo lo dinamita. ¿Qué esperanza hay al final del libro? ¿De mano de qué personaje lo hace? ¿Qué os parece esa puerta abierta a la verdadera justicia?
17. ¿Qué os ha parecido la novela? ¿Qué es lo que más valoráis de ella: trama, personajes, intriga, el toque social que la recorre...?

EL AUTOR

© Patricia Semir



FRANCISCO BESCÓS (Oviedo, 1979) es publicista y escritor. Tras licenciarse en Comunicación Audiovisual y Publicidad por la Universidad de Navarra, ha trabajado como redactor publicitario desde 2004, oficio que compagina con colaboraciones en prensa cultural y con la escritura. En 2014 ganó el XXVII Concurso Internacional de Relatos Policiacos de la Semana Negra de Gijón con «Hombres de negocios», y asimismo ha participado en las antologías *Relatos de la orilla negra* (2016, Ediciones del Serbal), *Cosecha Eñe 2019* (2019, Revista *Eñe*) y

Lo siniestro (2021, Editorial Bala Perdida). Es autor de las novelas *El baile de los penitentes* (2014, Almuzara: VIII Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona), *El costado derecho* (2016, Salto de Página) y *El porqué del color rojo* (2018, Salto de Página: premios Novelpol, Pata Negra y Cartagena Negra a mejor novela policiaca publicada en ese año; finalista al Premio Santa Cruz). Finalmente, también ha publicado el libro de no ficción *Las manos cerradas* (2020, Sílex), donde cuenta su testimonio como padre de una niña con parálisis cerebral.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LA RONDA*

«Bescós te atrapa en un juego macabro del que no puedes salir. *La Ronda* es una novela formidable».
Santiago Díaz

«Un viaje arrollador al fondo de la maldad. Ya no pisarás el suelo de tu ciudad con la misma inocencia».
Ibon Martín

